



Seix Barral

Yasunari Kawabata

El sonido de la montaña

Prólogo de Paula Hoyos Hattori





Seix Barral

Yasunari Kawabata

El sonido de la montaña

Traducción de Amalia Sato

Prólogo de Paula Hoyos Hattori

EL SONIDO DE LA MONTAÑA

1

Ogata Shingo —el ceño fruncido, los labios ligeramente separados— tenía un aire pensativo. Quizá no para un extraño, que lo habría creído más bien apenado. Pero su hijo Shuichi sabía lo que sucedía y, como veía así a su padre con frecuencia, ya no le daba importancia. Para él era evidente que no estaba pensando, sino que intentaba recordar algo.

Shingo se quitó el sombrero, lo sostuvo con aire ausente en su mano derecha y lo colocó sobre sus rodillas. Shuichi lo tomó y lo colocó en el portaequipajes.

—Veamos. ¿Cómo se llamaba...? —En momentos como ese, a Shingo le costaba encontrar las palabras—. ¿Cómo se llamaba la criada que nos dejó el otro día?

—¿Te refieres a Kayo?

—Kayo, claro. ¿Cuándo se fue?

—El jueves pasado. Hace unos cinco días.

—¿Cinco días? ¿Hace solo cinco días que nos abandonó y ya no puedo recordarla?

A Shuichi esa reacción le pareció un poco teatral.

—Esa Kayo... creo que fue unos dos o tres días antes de que nos dejara. Salí a una caminata y se me hizo una ampolla en el pie. Ella me dijo que yo padecía por «una lastimadura».* Me gustó eso, porque parecía un modo gentil y anticuado de decirlo. Me agradó mucho. Pero, ahora que lo pienso, creo que pronunció mal. Hubo algo equivocado en cómo lo dijo. En realidad, quiso decir que las cintas del calzado me lastimaron.** A ver, repite:

—*Ozure*.

—Ahora di «*Hana o zure*».

—*Hana o zure*.

—Ya me parecía. Lo pronunció mal.

Por su origen provinciano, Shingo desconfiaba de la pronunciación usual de Tokio. En cambio, su hijo se había criado en la capital.

—Al decirlo sonaba muy elegante, muy gentil y elegante. Ella ya estaba en el vestíbulo y, mira, ahora que entiendo lo que dijo realmente, soy incapaz de recordar su nombre. No recuerdo cómo estaba vestida ni tampoco su rostro. Supongo que estuvo con nosotros unos seis meses, ¿no?

—Algo así.

Habitado a esas situaciones, Shuichi no era muy paciente con su padre.

El propio Shingo también se había acostumbrado a esos episodios, pero todavía sentía la punzada de algo cercano al miedo. Sin embargo, por más que lo intentaba,

* *Ozure*: la partícula «o» es un honorífico, significa lastimadura. Todas las notas al pie son de la traductora.

** *Hana o zure*: las cintas lo lastimaron.

no lograba recordar a la muchacha. Había momentos en que intentos tan fútiles como ese se contaminaban con sentimentalismo. Como ahora, que le parecía que Kayo, inclinada en reverencia en el vestíbulo, lo consolaba por su dolor de pies.

Ella había estado en la casa durante seis meses, y lo único que él podía recordar era esa frase. Shingo sentía que una vida iba desapareciendo.

2

Yasuko, la esposa de Shingo, tenía sesenta y tres años, uno más que su marido. Tenían un hijo, una hija y dos nietas por parte de esta, que se llamaba Fusako.

Yasuko no representaba su edad. Nadie le habría dado más años que a su marido, y no porque Shingo pareciera particularmente viejo. Eran una pareja armónica: él lo suficientemente mayor como para que juntos no desentonaran. Aunque era muy pequeña, su esposa gozaba de buena salud.

Ella no era una belleza. De joven aparentaba más edad, y le disgustaba que la vieran con él en público.

Shingo no recordaba cuándo ella había comenzado a parecer más joven que él. Tal vez fue en algún momento ya bien entrada en sus cincuenta. Por lo general, las mujeres envejecen más rápido que los hombres, pero en este caso había sucedido lo contrario.

El año anterior, al entrar en la segunda etapa de sus sesenta, Shingo escupió sangre, aparentemente de los pulmones. No se sometió a un examen médico y, sin

embargo, el problema desapareció pronto y no volvió a repetirse.

Eso no le provocó un envejecimiento repentino. Por el contrario, después de ese episodio su piel se afirmó y, en las dos semanas que estuvo en cama, el brillo de sus ojos y el color de sus labios mejoraron.

Shingo no había detectado con anterioridad síntomas de tuberculosis; escupir sangre a su edad se convirtió en el más oscuro de los presentimientos. En parte por esa impresión se negó a ser examinado. Para Shuichi, tal conducta no era más que el rechazo terco de un anciano a enfrentar los hechos. Su padre tenía otra explicación.

Yasuko tenía un sueño profundo. A veces, en medio de la noche, Shingo culpaba a los ronquidos de Yasuko por su insomnio. Roncaba y, según contaban, cuando era una jovencita de quince o dieciséis años, sus padres habían intentado infructuosamente corregir ese defecto, que se había interrumpido con el casamiento. Luego, una vez pasados los cincuenta, había recommenzado.

Cuando empezaba con los ronquidos, Shingo le apretaba la nariz en un intento por detenerlos. Si este recurso no surtía efecto, la tomaba por el cuello y la sacudía. Las noches en que no estaba de humor, sentía repulsión por la imagen de ese cuerpo envejecido con el que había convivido por tanto tiempo.

Esa noche estaba malhumorado. Encendió la luz, miró a Yasuko de perfil y la tomó por el cuello. Estaba levemente transpirada. Solo cuando roncaba se atrevía a tocarla. Y eso le resultaba infinitamente deprimente.

Tomó una revista que estaba cerca de su almohada pero, agobiado por el calor en la habitación, se levantó, deslizó la puerta corrediza y se sentó en la entrada.

La luna brillaba.

Uno de los vestidos de su nuera estaba colgado afuera, desagradablemente sucio. Tal vez se había olvidado de llevarlo a la lavandería o quizás había dejado a la intemperie esa prenda manchada con transpiración para que el rocío nocturno la humedeciera.

Del jardín llegaba el chirrido de los insectos. Había cigarras en el tronco del cerezo que estaba a la izquierda. Le llamaba la atención lo áspero del sonido, pero no podían ser sino las cigarras.

Se preguntó si a veces ellas también sufrirían pesadillas. Una entró y chocó contra el tul del mosquitero. No hubo ningún sonido cuando la atrapó.

—Muda.

No sería una de las que oía entre los árboles.

Para que no volviera, atraída por la luz, la lanzó con toda su fuerza en dirección a la copa del árbol. Cuando la soltó, no hubo ninguna resistencia contra su mano.

Tomándose de la puerta, observó. No podía decir si la cigarra se había posado en el árbol o si se había ido volando. Esa noche de luna, una vasta profundidad se extendía sin límites hacia los cuatro costados.

Aunque apenas se había iniciado agosto, los insectos de otoño ya estaban allí cantando; hasta se oía el goteo del rocío de una hoja en otra.

Entonces oyó a la montaña.

No era el viento. Con la luna casi llena y la humedad en el aire bochornoso, la hilera de árboles que

dibujaba la silueta de la montaña estaba borroneada, inmóvil.

En la galería, ni una hoja del helecho se movía.

En los retiros de montaña de Kamakura, algunas noches se podía oír el mar. Shingo se preguntó si habría sido el sonido del mar. Pero no, había sido la montaña.

Era como un viento lejano, pero con la profundidad de algo que retumbara dentro de la tierra. Sospechando que podía tratarse de un zumbido en sus oídos, Shingo sacudió la cabeza.

El sonido se interrumpió, y de repente tuvo miedo. Un escalofrío, como un anuncio de que la muerte se aproximaba. Quería interrogarse, con calma y determinación, si había sido el sonido del viento, el rumor del mar o un zumbido dentro de sus oídos. Pero había sido otra cosa, de eso estaba seguro. La montaña.

Como si un demonio con su paso la hubiera hecho sonar.

La empinada colina, envuelta en las húmedas sombras de la noche, era como una pared negra. Tan pequeña que habría entrado por completo en el jardín de Shingo; era como un huevo cortado por la mitad.

Había otras montañas detrás y a su alrededor, pero el sonido parecía provenir de esa colina en el jardín trasero de la casa de Shingo.

En la cima, las estrellas brillaban entre los árboles.

Al cerrar la puerta, un extraño recuerdo se le hizo presente.

Unos diez días antes, esperaba a un visitante en un restaurante inaugurado recientemente. Una sola *geisha* le hacía compañía. El visitante estaba atrasado, como también el resto de las *geishas*.

—¿Por qué no se quita la corbata? —dijo ella—. Debe de tener calor.

Shingo asintió y le permitió que lo hiciera.

No era una *geisha* con quien tuviera una particular familiaridad, pero después de que le enrollara la corbata y se la guardara en el bolsillo del abrigo, que estaba al lado del *tokonoma*,* la conversación derivó hacia temas personales.

Según le contó, dos meses antes ella había estado a punto de suicidarse junto con el carpintero que había construido el restaurante. Pero en el momento en que iban a tomar el veneno la asaltaron las dudas. ¿La dosis sería efectivamente letal?

—Él dijo que era suficiente. Me aseguró que habían calculado tanto la suya como la mía, y que la cantidad era efectiva.

Pero ella no le creía. Y su desconfianza aumentaba.

—Le pregunté quién se había encargado. Tal vez el que las había medido lo había hecho solo para enfermarnos y darnos una lección. Le pregunté por el farmacéutico o el doctor que se las había dado, pero no me contestó. ¿No es extraño? Si estábamos los dos yendo juntos hacia la muerte, ¿por qué no me respondía? Después de todo, ¿para qué tanto sigilo si nadie más iba a enterarse?

«Un buen cuento», estaba tentado de decirle Shingo.

Ella siguió relatando que había insistido tanto que lo postergaron hasta encontrar a alguien que repitiera la medición.

* Espacio donde se colocan caligrafías y arreglos florales. Altar estético.

—Los tengo aquí conmigo.

A Shingo la historia le sonó muy rara. Todo lo que había retenido era que el hombre era un carpintero y que había construido el restaurante.

La *geisha* había sacado dos paquetitos de su monedero y los había abierto ante él. Les echó una mirada, pero no tenía modo de saber si contenían veneno o no.

Al cerrar la puerta, pensó en la *geisha*.

Volvió a acostarse. No despertó a su mujer para contarle acerca del miedo con que lo había paralizado el sonido de la montaña.

3

Shuichi y Shingo trabajaban en la misma firma. El hijo actuaba como una especie de traspunte de su padre.

Había otros, Yasuko y Kikuko, la mujer de Shuichi. Los tres actuaban en conjunto como un equipo que completaba las fallas de memoria de Shuichi. La muchacha de la oficina era otra apuntadora.

Al entrar en el despacho de su padre, Shuichi tomó un libro del pequeño estante en un rincón y empezó a hojearlo.

—Bien, bien —dijo. Se acercó al escritorio de la muchacha y señaló una de las páginas.

—¿Qué es eso? —preguntó Shingo, sonriente. Shuichi le alcanzó el libro.

—«Uno no comprende que el sentido de castidad se ha perdido aquí» —decía el pasaje en cuestión—. «Conocemos el mecanismo para que el amor perdure. Un

hombre incapaz de soportar el dolor de amar a una sola mujer, una mujer incapaz de soportar el dolor de amar a un solo hombre, deben partir alegremente en busca de otros compañeros, y así encontrar el modo de fortalecer sus corazones».

—¿Dónde queda ese «aquí»?

—París. Es el relato de un novelista sobre su viaje a Europa.

La mente de Shingo había perdido vivacidad para captar aforismos y paradojas. Pero le pareció que la frase no era nada de eso, y sí una mera observación perspicaz.

Probablemente, no era que su hijo estuviera conmovido con el fragmento, sino que, improvisando con lo que las circunstancias le permitían, había encontrado el modo de insinuarle a la muchacha que quería salir con ella después del trabajo.

Al bajar del tren en Kamakura, Shingo se encontró deseando haber vuelto junto con Shuichi o, tal vez, haber postergado su regreso.

El ómnibus iba repleto. Decidió caminar.

Cuando se paró delante de la pescadería, el pescadero lo saludó con una inclinación de cabeza. Entró. El agua del balde con langostinos era de un blanco lechoso. Tocó una langosta. Estaba viva, pero no se movió. Shingo se decidió por los caracoles trompo, de los que había abundancia.

Cuando le preguntaron cuántos quería, sin embargo, se quedó perplejo.

—Bueno, que sean tres. Tres de los más grandes.

—¿Se los limpio, señor?

El pescadero y su hijo extrajeron la carne con sus cuchillos. A Shingo le desagradaban los crujidos que producían contra las valvas.

Mientras el hombre lavaba y cortaba la carne, dos jovencitas se detuvieron delante de la tienda.

—¿Qué están buscando? —les preguntó, al mismo tiempo que seguía con los cortes.

—Arenques.

—¿Cuántos?

—Uno.

—¿Uno?

—Sí.

—¿Solo uno?

El arenque no era lo más pequeño que se ofrecía, pues había unos pescaditos de un peso menor. No obstante, la joven no se mostró particularmente afectada por esa demostración de desagrado.

El hombre envolvió el arenque en un pedazo de papel y se lo alcanzó.

—Pero si no necesitábamos pescado —dijo la otra, apoyándose contra su compañera y dándole un codazo.

—Me pregunto si habrá este sábado —dijo la primera mirando las langostas—. A mi novio le encantan.

La otra no respondió.

Sorprendido, Shingo se atrevió a observarlas. Prostitutas de un nuevo tipo, con las espaldas desnudas, zapatos de tela y buena figura.

El pescadero reunió la carne trozada en el medio de la tabla y, dividiéndola en tres, empezó a colocarla dentro de las valvas.

—Cada vez serán más frecuentes. Incluso aquí en Kamakura.

Su rudeza le chocó a Shingo como algo muy desagradable.

—Pero creo que se han comportado con bastante corrección —dijo, indignándose por algo que no sabía bien qué era.

El hombre colocaba la carne en las valvas con indiferencia. «Toda mezclada, sin respetar la procedencia», pensó Shingo, consciente de las delicadezas más sutiles.

Era jueves. Faltaban más de dos días hasta el sábado y con seguridad la muchacha conseguiría langostas en cualquier pescadería. Le intrigaba cómo esa joven tan ordinaria se las prepararía a su amigo estadounidense. Una langosta resultaba un plato sencillo, común, tanto frita como hervida o asada.

Shingo no había sentido ninguna animosidad hacia las muchachas, pero después lo invadió un difuso desaliento.

Aunque eran cuatro en su casa, había comprado solo tres caracoles trompo. No había actuado así por consideración hacia su nuera, si bien sabía, por supuesto, que Shuichi no estaría para la cena; simplemente se había olvidado de su hijo.

Un poco más adelante compró frutos de ginkgo en un almacén.

4

No era usual que Shingo comprara comestibles de camino a casa, pero ni Yasuko ni Kikuko hicieron comen-

tarios. Tal vez para disimular que Shuichi, que debería haber vuelto con él, estuviera ausente.

Le entregó las compras a su nuera y la siguió hasta la cocina.

—Un poco de agua, por favor, con una pizca de azúcar.
—Sin esperar, él mismo se dirigió a la canilla.

En la pileta había langostinos y langostas. Le sorprendió la coincidencia. Las había visto en la pescadería, pero no se le había ocurrido comprarlas.

—Un buen color —dijo. Los langostinos tenían un brillo fresco.

Kikuko partió un fruto de ginkgo con el canto de la hoja de un cuchillo.

—Fue una buena idea, pero me temo que no están buenos.

—¿No? Sospeché que podían estar fuera de estación.

—Llamaré al negocio para quejarme.

—No te molestes. Pero estos caracoles, mi contribución, no representan mucho.

—Podríamos abrir un restaurante de frutos de mar
—Kikuko mostró la punta de su lengua, como suave gesto de burla—. Veamos. Podemos hervir estos, con su valva y todo. Asar las langostas y freír los langostinos. Puedo comprar hongos. Mientras me ocupo de todo esto, ¿usted podría traer unas berenjenas del jardín?

—Con gusto.

—Que sean pequeñas. Y tráigame también un poco de salvia. ¿Será suficiente solo con los langostinos?

Kikuko llevó dos caracoles a la mesa.

—Debería haber otro —dijo Shingo, un tanto sorprendido.

—Sí, pero como los abuelos no tienen tan buenos dientes, me pareció que preferirían compartir uno.

—Ah, ¿sí? Pues no veo a ninguna de mis nietas por aquí. Yasuko bajó la vista y se rio tontamente.

—Perdón. —Kikuko se puso de pie con presteza y fue a la cocina en busca del tercer caracol.

—Deberíamos hacer lo que nos aconseja Kikuko —dijo Yasuko—. Compartir uno entre los dos.

A Shingo las palabras de Kikuko le habían parecido bellamente oportunas. Era como si su dilema de comprar tres o cuatro se hubiera diluido. Su tacto y habilidad no eran de despreciar.

Otra posibilidad podría haber sido que dijera que dejaba uno para Shuichi o que ella y Yasuko compartirían uno. Tal vez había considerado todas las combinaciones.

—Pero ¿solo había tres? —insistió Yasuko, poco sensible a tales sutilezas—. Compraste solo tres y nosotros somos cuatro.

—No necesitamos otro. Shuichi no vino.

Yasuko esbozó lo que sería una amarga sonrisa, pero que tal vez por su edad terminó siendo algo menos que eso.

Ninguna sombra cruzó el rostro de Kikuko y tampoco preguntó qué le podría haber sucedido a Shuichi.

Kikuko era la menor de ocho hermanos. Los otros siete estaban también casados, y todos tenían hijos. A veces Shingo pensaba en la fertilidad que ella había heredado de sus padres.

Su nuera se quejaba de que él todavía no hubiera aprendido el nombre de sus hermanos y hermanas. Y le costaba aún más recordar los nombres de los sobrinos y sobrinas.

Ella había nacido en un momento en que su madre no quería más hijos o ya no se sentía capaz de tenerlos. Por cierto que la mujer sentía vergüenza por la edad y había considerado la posibilidad de un aborto. Fue un nacimiento difícil. Aplicaron fórceps a la cabeza de Kikuko.

Kikuko le contó a Shingo que se había enterado de esas circunstancias de boca de su madre.

A Shingo le costaba entender cómo una madre podía hablar de tales cosas a su hija, o que una joven se las revelara a su suegro. Kikuko se había echado el cabello hacia atrás para mostrarle una tenue cicatriz en su frente.

Después, cada vez que por casualidad y fugazmente se le hacía visible, esa cicatriz de algún modo lo atraía hacia Kikuko.

A pesar de eso, aparentemente Kikuko había sido criada como la protegida de la familia. No la habían mimado, precisamente, pero parecía haber recibido afecto. Había algo delicado en ella.

La primera vez que la había visto, ya como novia, Shingo había notado el modo ligero y gracioso que tenía de mover sus hombros, insinuando una luminosa y fresca coquetería.

Algo en su tenue figura le recordaba a la hermana de Yasuko.

Siendo un jovencito, Shingo se había sentido fuertemente atraído por aquella hermana. Después de su muerte, Yasuko había ido a hacerse cargo de los niños y se había consagrado a los quehaceres, como deseando suplantar a su hermana fallecida. Es cierto que tenía un gran afecto por su cuñado, un hombre muy buen mozo, pero también un enorme amor por su hermana, una mujer tan bella que

costaba creer que las dos hubieran nacido de la misma madre. Yasuko consideraba a su hermana y a su cuñado como seres que pertenecían a un mundo de sueños.

Ella trabajaba con empeño por su cuñado y los niños, pero el hombre se mostraba indiferente hacia sus sentimientos y se extravió en placeres, mientras para Yasuko su sacrificio se convertía en un apostolado.

Fue entonces cuando Shingo se casó con ella.

Ahora habían pasado treinta años. Para Shingo el casamiento no había sido un error. Un largo matrimonio no necesariamente queda sometido a su origen.

Sin embargo, la imagen de la hermana permanecía en ambos. Ninguno la mencionaba, pero ninguno la había olvidado.

No había nada de especialmente malsano en el hecho de que, una vez instalada Kikuko en la casa, los recuerdos de Shingo se vieran atravesados por destellos como haces de luz.

Menos de dos años después del casamiento, Shuichi había ya encontrado a otra mujer, algo que causó sorpresa a Shingo.

A diferencia del propio Shingo, criado en el campo, su hijo no daba ninguna pista sobre sus aventuras. El padre ignoraba cuándo se había iniciado sexualmente.

Shingo estaba seguro de que quienquiera que ahora concentrara la atención de su hijo debía de ser una mujer que manejara dinero, algo parecido a una prostituta.

Sospechaba que las relaciones con mujeres en la oficina no pasaban de ir a bailar después del trabajo y que podían tener por propósito distraer su atención de padre.

De ninguna manera esa mujer sería una joven resguardada como la que estaba ante él. De algún modo,

Shingo lo sentía más por la propia Kikuko. Desde el inicio de la aventura se había producido una maduración en la relación de su nuera con Shuichi. Se percibía un cambio en el cuerpo de Kikuko.

Al despertarse durante la noche en que habían cenado los frutos de mar, Shingo se percató de un nuevo tono en la voz de Kikuko.

Sospechó que ella desconocía lo de la amante de Shuichi.

—Y entonces yo me disculpo solo con un caracol trompo —murmuró para sí mismo.

¿Era como si, aun ignorando lo de la otra mujer, ella sintiera emanaciones que llegaban como a la deriva hasta su persona?

Shingo se adormeció, y repentinamente se hizo de día. Fue en busca del diario. La luna todavía estaba en lo alto. Echó una mirada a las noticias y se durmió de nuevo.

5

Shuichi se abrió camino dentro del tren y le cedió el asiento a su padre, que lo seguía.

Luego le alcanzó el diario de la mañana y sacó de su bolsillo los anteojos bifocales de Shingo. Su padre tenía otro par, pero solía olvidárselo, así que el hijo era el depositario del par de repuesto.

Shuichi se inclinó sobre el diario.

—Hoy Tanizaki me dijo que una excompañera de colegio está buscando trabajo. Como sabes, necesitamos una criada, así que le dije que la tomaríamos.

—¿No te parece un poco imprudente tener a una amiga de Tanizaki con nosotros?

—¿Imprudente?

—Ella podría enterarse de cosas por Tanizaki y luego contárselas a Kikuko.

—¿Qué le podría comentar?

—Bueno, lo que creo es que conviene tener una criada que venga con buenas referencias —Shingo volvió a su diario.

—¿Tanizaki te ha estado hablando de mí? —preguntó Shuichi cuando bajaron en Kamakura.

—No me contó nada. Me imagino que le pediste discreción.

—Bien, supongamos que algo está sucediendo entre tu secretaria y yo. ¿Crees que permitiría que fueras el hazmerreír de la oficina?

—Desde luego que lo sería, pero, si no te molesta, asegúrate de que Kikuko no se entere de nada.

Shuichi no era muy afecto a las confidencias.

—De modo que Tanizaki te contó.

—Sabe que tienes otra. Y me parece que ella quiere salir contigo.

—Es probable. Tal vez por celos.

—Magnífico.

—Voy a romper. Estoy tratando de terminar con eso.

—No te entiendo. Bueno, espero que me cuentes todo alguna vez.

—Después de que termine.

—No dejes que Kikuko se entere.

—Tal vez ya lo sepa.

Shingo se hundió en un silencio malhumorado.

Que continuó durante la cena. Se levantó de la mesa bruscamente y se fue a su habitación.

Kikuko le llevó melón.

—Te has olvidado de la sal —dijo Yasuko, entrando tras ella.

Las dos se sentaron en la galería.

—Kikuko te estuvo llamando varias veces. ¿No la oíste?

—No. Yo no sabía que había melón en la heladera.

—Él no te oía —dijo Yasuko—. Y tú lo llamabas una y otra vez.

—Porque está molesto por algo —le contestó Kikuko a su suegra.

Shingo guardó silencio por un momento.

—Algo anda mal en mi oído estos días, eso creo. El otro día deslicé la puerta para dejar entrar un poco de aire y oí la montaña. Tú seguías roncando.

Yasuko y Kikuko miraron hacia la montaña.

—¿Las montañas rugen? —preguntó Kikuko—. Pero usted dijo algo una vez, madre, ¿recuerda? Dijo que poco antes de que su hermana muriera, llegó hasta nuestro padre el sonido de la montaña.

Shingo estaba consternado. No se perdonaba no recordar. Había oído la montaña; ¿por qué el recuerdo no se hacía presente?

Aparentemente, Kikuko se arrepintió de haber hecho esa observación. Sus bellos hombros estaban inmóviles.